

José Ignacio Ponce, Aníbal Pérez y Nicolás Acevedo (compiladores)

Transiciones: Perspectivas historiográficas sobre la posdictadura chilena 1988-2018.

América en Movimiento, Colección en Disputa, 2018.

DAVID LUJAN VERÓN¹

I

Una de las primeras imágenes que sobre Chile pesan en la academia y los medios de comunicación para el lector extranjero, por lo menos hasta las masivas protestas estudiantiles de 2006, son las virtudes de su “modelo” de desarrollo económico, la estabilidad político-partidaria (nada más y nada menos que 20 años bajo el gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia (CPP), entre 1990 y el año 2010), así como su rápida transición política. Los sonados escándalos de corrupción de los últimos años (en los que estuvieron involucrados partidos de izquierda y derecha, incluso el propio hijo de Michelle Bachelet), la visibilización de problemas flagrantes de desigualdad socioeconómica, el funcionamiento de las AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones) y el lucro en la educación, han hecho posible matizar y problematizar la imagería de Chile como un país que ha tenido escasas fisuras, costos y contradicciones en su paso de la dictadura militar encabezada por Pinochet a los gobiernos democráticos.

185

En este panorama de discusión, la obra compilada por los historiadores José Ignacio Ponce, Aníbal Pérez y Nicolás Acevedo “Transiciones: Perspectivas historiográficas sobre la posdictadura chilena 1988-2018”, abona a seguir derrumbando estereotipos e imágenes dicotómicas sobre las consecuencias, en distintas facetas de la vida política, económica y social, de la transición política en Chile. En un nivel general, la obra sugiere hundir aquella visión tautológica y lineal sobre el cambio político, esto es, procesos con un inicio (el autoritarismo) y un fin (la democracia), fuertemente popularizada en algunas versiones de Ciencia Política sobre el estudio de las transiciones, y poner el foco de atención en los matices y puntos de vista contrapuestos sobre este fenómeno; de allí, que prefieran los autores hablar de “transiciones” más que de “transición”, para destacar esa polifonía entre académicos, medios de comunicación, actores políticos y sociales, en que se disputa el significado de la transición chilena.

1 Doctor en Ciencia Social con Especialidad en Sociología, El Colegio de México. Profesor asociado, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Además, los autores hacen patente en su texto que su perspectiva sobre el cambio político no atiende solamente a los factores formales o centrados en el régimen político (partidos e instituciones formales de representación de intereses) sino en la relación entre estado, régimen y sociedad civil. Con ello, abordan temas como el movimiento feminista, mapuche, sindical, de derechos humanos, cuyas repercusiones no se agotan en la política formal (si se aprobó tal o cual ley, si el gobierno concedió o no tal demanda), sino también abarcan al de la cultura.

En esta tesitura, creemos que, para el estudioso de los procesos recientes en Chile, la obra resulta útil en cuanto destaca movimientos sociales y actores que no son comúnmente tratados en los estudios sobre la transición chilena, cuyas aspiraciones han sido postergadas dentro del sistema político en aras de consolidar el conservadurismo político y neoliberalismo económico. Con ello, amplían el conocimiento sobre los déficits y puntos débiles de la transición política, que en algunos casos han sido profundizados por los gobiernos post-Pinochet.

La perspectiva historiográfica, por último, anota una última virtud general del libro: el esfuerzo por periodizar, reconstruir procesos del tiempo presente, pero haciendo notar ajustes y desfases entre lo local y lo nacional, las contradicciones internas, y sobre todo cómo los nuevos procesos reflejan tanto una herencia histórica (entre ella, la dictadura militar que abarcó el periodo 1973-1989) como una adaptación al reciente contexto democrático.

186

La obra colectiva contiene 11 ensayos historiográficos que utilizan fuentes primarias, es decir, son resultado de investigaciones en marcha o concluidas. Cada uno está involucrado a escudriñar el complejo y heterogéneo devenir de algún movimiento o proceso de la transición chilena que condiciona como es condicionado (en sus estrategias y posibilidades de acción) por el propio desarrollo de la transición. Los temas son los debates sobre el significado de la transición dentro de la izquierda, la Unión Demócrata Independiente (UDI), el mundo de los militares, la juventud popular, el clientelismo, la izquierda política, el anarquismo, así como los movimientos mapuche, feminista, sindical y estudiantil. Muchos de los autores, por último, son especialistas de los temas que abordan, por lo que el lector puede encontrar más información sobre sus perspectivas en la bibliografía que citan.

II

En “Concertación y transición en los debates políticos de nuestro tiempo”, Francisco del Campo Cerda examina el conjunto de imaginarios y evaluaciones sobre la transición y el papel en ella de la CPP, y cómo su disputa, dentro de los debates políticos de la época, involucra la defensa de ciertas identidades así como la institucionalización de una idea de democracia y sus actores protagónicos (que tiene como derrotero concitar intereses y legitimar apuestas políticas en el pasado, presente y futuro). El texto además resulta relevante pues va más

allá de la enumeración de visiones e interpretaciones sobre la política, y busca relacionarlas con posiciones sociales (generacionales, de sociabilidad en común, narrativas autobiográficas).

En segundo lugar, Verónica Valdivia, en “UDI: Cerrando el ciclo: Entre los fuegos revolucionarios y la posdictadura”, ofrece un panorama del programa gremialista durante y después de Pinochet, así como su vínculo con otras aristas (municipalización, subsidiariedad del estado, elitización y despolitización de la sociedad) que sirvieron de palancas para el afianzamiento de su proyecto político. Una novedad frente a sus trabajos anteriores sobre este tema es que aquí ahonda sobre la categoría de “poslavinismo”, dando cuenta de la desazón de la UDI con el pragmatismo defendido por Lavín al tiempo que recupera cierto ideario de derecha (propiedad privada, orden y valores tradicionales).

La tercera entrega corre a cargo de Marcelo Sánchez Abarca, en donde a través de “¿Dónde están? La respuesta imposible. La ficción democrática en los militares”, examina el mundo de los militares post-Pinochet, su relación incómoda con el poder civil y los déficits que marcaron ésta en cuanto al esclarecimiento de violaciones a los DDHH durante la dictadura. El autor convincentemente defiende la tesis de un cambio de rostro en los militares (más profesionalizados) pero no por ello más democratizados, pues perviven obstáculos a la transparencia y rendición de cuentas penal por sus crímenes a los DDHH.

Nicolás Acevedo Arriaza y Luciano Sáez Fuentealba, en “Juventud bajo sospecha. Gestión Gubernamental de la juventud popular en los inicios de la transición democrática chilena (1990-2000)” retratan, bajo una mirada foucaultiana, aquellos dispositivos de control y disciplinamiento establecidos desde el gobierno hacia los sectores juveniles populares con objeto de moderar sus demandas, reducir su capacidad de participación política e incluirlos en la institucionalidad vía políticas y programas sociales. La acción colectiva vista desde Foucault parece ser de un engranaje perfecto de dominación arriba-abajo, sin fisuras, por lo que no han sido pocos los autores que han sospechado de este enfoque para analizar la resistencia y contestación al poder. De ello, podríamos preguntar a los autores cómo explicar en este periodo los gérmenes de las posteriores movilizaciones estudiantiles, con este enfoque. Para responder a esta pregunta, quizá valdría la pena echar mano de otros marcos teóricos, por ejemplo, el de los ciclos de protesta de Sidney Tarrow, como lo hacen en una contribución posterior Antonia Garcés Sotomayor y Yanni Santa Cruz.

Aníbal Pérez Contreras, en “En el canto del estado. Del clientelismo programático al clientelismo neoliberal”, postula la tesis de un cambio en las formas en que se ejerce en Chile el clientelismo, desde uno, previo al golpe de 1973, de cuño partidizado y con una lógica de intermediación local nacional, a otro iniciado en dictadura y profundizado en la transición, donde toman relevancia principios neoliberales en la focalización de las políticas sociales, así como los vínculos que tienden a ser menos partidarios y despolitizados.

Un par de temas que además vale destacar son, en primer lugar, sus apuntes etnográficos sobre la forma en que la gente percibe y practica la política. Ello le permite señalar que el clientelismo es, más que una anomalía o elemento perverso de nuestras democracias, algo que se vive como legítimo y practicado rutinariamente como formas de reciprocidad e intercambio, de ahí su apuesta por llamarlo “costumbre política”. En segundo lugar, su metodología otorga elementos para pensar los vínculos entre sociología e historia, pues la etnografía aquí sirve de entrada analítica para historizar un proceso, el cual se sedimenta, contingentemente, a través de prácticas concretas, es decir, ubicadas espacial y temporalmente.

En sexto lugar, la contribución de Luis Thielemann Hernández, “...Su derrota es siempre breve’. Lucha social y praxis política en la izquierda chilena durante los años de la derrota secular (1986-1994)”, da cuenta del proceso en que se van clausurando para la izquierda las opciones más rupturistas de cambio político ante la salida de Pinochet, y cómo ello impacta en una crisis de sentido, cierto ensimismamiento y derrota. No obstante, el autor señala que en las experiencias y prácticas políticas de la izquierda post-Pinochet se observan ejercicios de memoria y resignificación que evocan lo desarrollado durante la Unidad Popular y las protestas contra la dictadura.

Eduardo Godoy Sepúlveda, en “Una transición antes de la transición. Las transformaciones del anarquismo en Chile (1973-1994)”, explora el cambio en las identidades y prácticas del anarquismo, para el periodo señalado. En particular, anota las formas de aglutinamiento, ayuda mutua y coordinación en el exilio, así como la recomposición del movimiento durante la transición y el izamiento de nuevas banderas como el feminismo y el ecologismo. Además, su trabajo es relevante, consideramos, porque el estudio del anarquismo, una izquierda al margen del estado y los partidos políticos, ocupa una posición marginal frente al estudio de las izquierdas más institucionales o que, dentro de ellas, buscan o han buscado propulsar cambios profundos en la sociedad.

Fernando Pairican Padilla, quien ha tenido además de su trabajo académico un papel relevante en la discusión dentro de los medios de comunicación sobre el movimiento mapuche, anota en “La gran revuelta mapuche. 1990-2010”, los ciclos de emergencia indígena, sus instrumentos y formas de acción, así como las respuestas del estado a sus demandas. Su lectura resulta necesaria para entender esa historia, con raíces profundas como lo destaca el autor, de segregación, coerción y racismo, desde el estado hacia las poblaciones indígenas. Es de destacar además su crítica al multiculturalismo que, puesto en práctica a partir del 2003 por el estado, ha fomentado, en sus palabras, identidades indígenas, pero no derechos económicos y políticos.

Por otro lado, Ana Gálvez Comandini en “Historia del movimiento feminista en Chile en el Siglo XX y su quiebre en la postdictadura”, nos presenta un recorrido del movimiento feminista a lo largo del Siglo XX e inicios del XXI, en este

país. Es de destacar en su texto las identidades, heterogeneidades, contradicciones y divisiones sincrónicas y diacrónicas del movimiento, en especial, la disputa entre lo que llama feministas autónomas, institucionales y populares, sobre lo que cada bloque entiende como los medios de subvertir desigualdades asociadas al género. También resulta destacable, como en el caso de Fernando Pairican, su desarrollo del modo en que el estado ha respondido a diversas demandas y sus limitaciones en cuanto a favorecer procesos de autonomía política.

En penúltimo lugar, José Ignacio Ponce López, a través de “Movimiento sindical en transición. Conflictividad y cultura política sindical en la postdictadura chilena (1990-2010)” anota el proceso vivido por el movimiento sindical durante el Siglo XX y los albores del XXI, así como sus repertorios de acción, a veces dentro y a veces fuera de la ley, dependiendo del contexto y los actores involucrados. Es de destacar que desmitifica la idea de un movimiento sindical activo y poderoso entre 1930 y 1973, mostrándolo fragmentado y heterogéneo, así como la supuesta derrota total con que se caracteriza actualmente, señalando antes bien una leve revitalización en la última década. Otro punto a favor de su trabajo es que supera la vieja dicotomía autonomía vs. subordinación, emancipación vs. dependencia, en el análisis de los movimientos sociales, para señalar mixturas, heterogeneidades y contradicciones, en cada reportorio de acción. Invita con ello a pensar la política de una forma no dicotómica o que caiga en compartimentos estancos.

En el cierre del libro, encontramos la contribución de Antonia Garcés Sotomayor y Yanny Santa Cruz: “El parto de un nuevo ciclo político’. Las movilizaciones estudiantiles entre el 2011 y el 2013”. Aquí desarrollan el enfoque teórico de los ciclos de protesta enfocándose en la relación del movimiento estudiantil con el sistema político. El propósito luce coherente para un movimiento que ha tenido una repercusión profunda no solo en el sistema político sino en la institucionalidad chilena y que ha colocado el acento del debate sobre la crisis del modelo neoliberal de desarrollo chileno. Además, rescatan el debate entre “institucionales” vs. “movimientistas” (lo que Ana Gálvez llama el debate autónomas vs. institucionales) en el derrotero de los discursos y acciones del movimiento.

III

La obra colectiva, en síntesis, muestra los ciclos, identidades y debates de algunos movimientos sociales, tanto de derecha como de izquierda, la exploración de actores que, no por ser rupturistas, dejan de ser menos importantes para la política chilena como el clientelismo, así como otros más vinculados a la institucionalidad formal la centro-izquierda postransicional o las élites como los militares. Vemos además cómo la coyuntura de la salida de Pinochet condujo a diagnósticos diferenciados sobre las causas y consecuencias de una salida pactada. De ahí, reacomodos políticos con base en convergencias y divergencias produjeron divisiones al interior de estos movimientos, muchos de los cuales perviven hasta

la actualidad. En otros casos, nuevos movimientos se construyen identificándose a favor de o en oposición a lo que significó, en su lectura, la transición. De ahí la importancia del pasado para legitimar posiciones y acciones del presente.

Uno podría pensar en algunos actores de la transición que en esta obra no fueron objeto de reflexión como el movimiento de pobladores, obrero, por el agua y la tierra, etcétera. También que hay movimientos o actores colectivos donde el significado sobre la transición es más importante en su constitución identitaria que en otros, o que algunos se movilizan sin este referente y surgen como expresión de nuevas luchas, algunas de ellas de cuño internacional como el movimiento feminista. Por último, que merece una atención especial el análisis biográfico, de forma que se pueda enganchar de forma más explícita ese “acomplamiento laxo”, por usar un concepto de Erving Goffman, entre agente y estructura, es decir, entre vivencia cotidiana y procesos histórico-sociales. Estas reflexiones abren el panorama para nuevos capítulos sobre transiciones y acción colectiva en Chile.

Por ello, la tesis central del libro, la de un proceso de acomodo y adaptación de los movimientos y ciclos políticos ante la nueva realidad postransicional, convive con otra no dicha pero bien expuesta a lo largo de sus páginas, las de las tensiones al interior y entre el movimiento y su “ambiente”, sobre el que van interactuando lógicas de inclusión/exclusión de posibilidades de acción.